



Una mañana, me desperté cuando el sol apenas iluminaba los picos de las montañas coronadas con blancas nubes cercanas a mi casa. Me froté los ojos y bostecé. Todavía tenía sueño por lo que me acomodé mejor en el k'ang, una plataforma de ladrillos que servía de cama para mis padres y yo. Le di un tirón a la cobija para cubrirme el mentón, cerré los ojos y, unos segundos después, soñé que me trepaba a un árbol tan alto que su frondosa copa desaparecía entre las nubes.

En eso, sentí que una mano sacudía mi hombro.

Era mi padre, quien dijo:

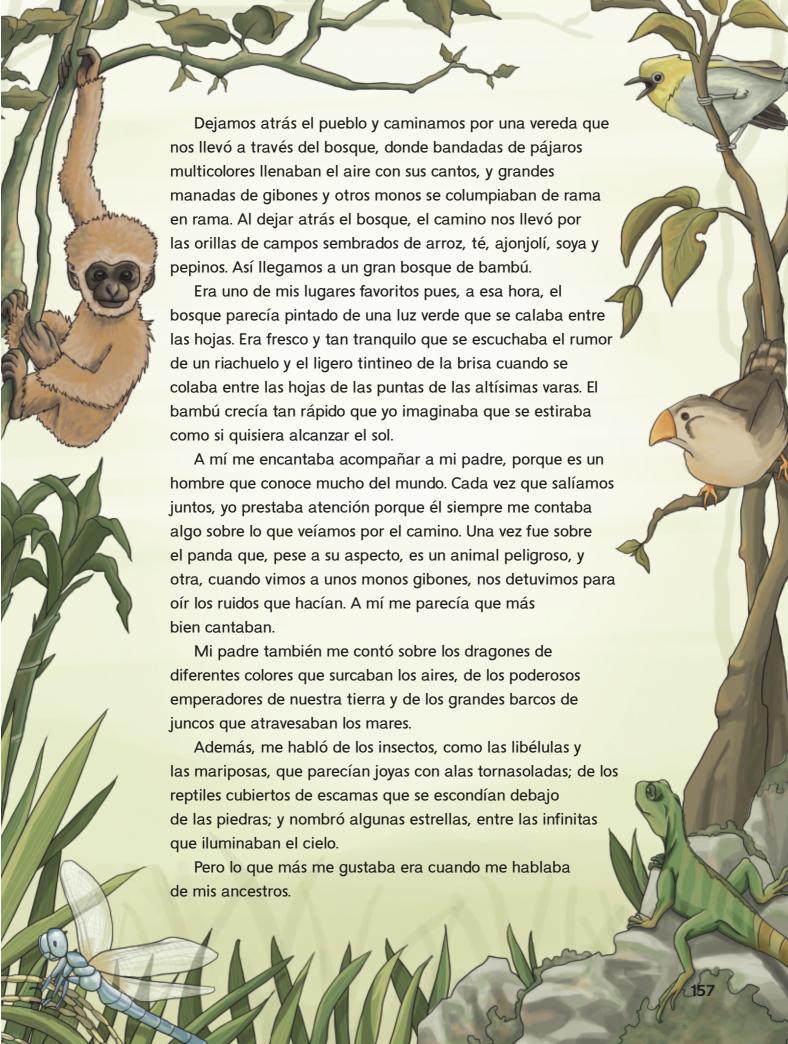
—¡Despierta, Wong Li! ¡Despierta! ¡Ya es tarde y hay mucho que hacer hoy! Ya

pronto será el Año Nuevo y los petardos y fuegos artificiales tienen que estar listos. Sin ellos, la fiesta para honrar a nuestros ancestros y dioses no será igual. Además, si no hay ruidos muy, muy fuertes, los espíritus malos no se espantarán y se quedarán a vivir entre nosotros. ¡Eso sería terrible! Rápido, rápido, que hay que ir cuanto antes por más bambú verde al bosque.

Eché a un lado la cobija y me puse de pie de un brinco. A mí me encantaban todas las celebraciones, desde las más sencillas hasta las más elegantes, pero la del Año Nuevo era la que más me gustaba. Además, durante las fiestas, mis amigos y yo podíamos hacer muchísimo ruido y nadie nos regañaba. Al contrario, ¡nos pedían que hiciéramos aún más!

Me estiré hasta que los huesos me tronaron. Luego, me calcé los zapatos y, para despertar completamente, me eché en la cara agua del barril.

Al poco tiempo, mi padre y yo nos sentamos a la mesa y desayunamos el humeante arroz y bebimos té muy caliente que nos sirvió mi madre. Después, mi padre y yo salimos de la casa.



Desde hacía cientos de años, la familia Wong se había dedicado a la pirotecnia. Era una profesión importante y honrosa. Los petardos que hacía eran los más ruidosos de todos y sus fuegos artificiales eran tan magníficos que no faltaban en ninguna festividad. Los cohetes se usaban para pedir felicidad y prosperidad y aterrar, con su fuertísimo ruido, a los malos espíritus. Entre más ruido hacían al explotar, más rápido salían huyendo los seres malignos, dejando, en su lugar, paz y tranquilidad. Los fuegos artificiales, que iluminaban los cielos con una lluvia de luces rojas, blancas, verdes, azules y amarillas, asombraban y arrancaban suspiros a todos los que los veían. Eran tan preciosos que hasta de las ciudades más lejanas les pedían sus servicios.

Esas historias me fascinaban pues mis antepasados —gente justa y honesta— fueron respetados y admirados por todos y eso me llenaba de orgullo.

Después de contar una de sus historias, mi padre siempre finalizaba diciendo:

—Wong Li, recuerda que es importante que siempre te comportes como nuestros antepasados. Ellos eran como el bambú, que es elegante, sencillo y crece recto hacia el cielo. Tú, como ellos, debes ser una persona correcta, paciente, inteligente y perseverante.

Para mí, mi padre era exactamente como el bambú. Anhelaba tanto ser como él que trataba de imitarlo en todo. Por eso, siempre que trabajábamos juntos, observaba detenidamente todo lo que hacía y muchas veces le había dicho:

—Padre, déjame ayudarte. Te lo he visto hacer tantas veces que sé cómo hacerlo.

## **AHORA COMPRUEBA**

Hacer predicciones ¿Crees que Wong Li va a convertirse en un experto en pirotecnia? Busca evidencias en el texto para apoyar tu predicción.







Pero mi padre me acariciaba la cabeza y decía:

—Todavía no es el momento, hijo. Primero debes cumplir con la tradición familiar y esperar a cumplir dos primaveras más. Así lo tuve que hacer yo, y mi padre y su padre. Ya me ayudas manteniendo ordenado el cobertizo y acomodando los trozos huecos de bambú en una pila. Pero la preparación de la pólvora es un asunto difícil. No quiero que, por descuido, un petardo explote y todo —bambú, papel, madera, cobertizo y casa— se incendie y desaparezca en un instante.

Y, aunque me parecía que faltaba mucho para llegar a la edad necesaria, me tenía que conformar con esa respuesta y esperar ansiosamente a que pasara el tiempo.

**\*\*\*\*\*\*** 

Por fin llegamos al bosque y mi padre se puso a seleccionar y luego a cortar las largas cañas de bambú verde con un cuchillo filoso. Yo las recogí y las coloqué a un lado. La pila fue creciendo poco a poco y, cuando tuvimos suficientes, mi padre guardó el cuchillo y juntos, y cada quien cargando muchas cañas, regresamos a casa por el mismo camino.

En cuanto llegamos, nos fuimos al cobertizo, colocamos las cañas con otras que habíamos traído anteriormente y comenzamos a trabajar. Mi padre cortó los bambúes huecos en trozos y yo los acomodé de tal manera que empezaron a formar un pequeño montón. Poco a poco, el montón se convirtió en una pequeña montaña tan verde como los chapulines que saltaban en el campo.

Mientras mi padre cortaba los trozos de bambú, se detuvo, me miró y me preguntó:

—¿Sabes quién inventó la pólvora, hijo? Fue un descubrimiento muy importante para China y para nosotros. No podríamos celebrar las fiestas en la forma en que estamos acostumbrados y nosotros no tendríamos forma de ganarnos la vida.

Mi padre siguió cortando el bambú y continuó:

—Hay varias leyendas que se cuentan hace miles de años.
¿Quieres escucharlas?

Yo dije que sí y mi padre, cambiando el tono de voz, como hacía cada vez que contaba algo, empezó:

—Se dice que, mucho antes de la invención de la pólvora, nuestros antepasados echaban pedazos de bambú verde a las fogatas. Como el bambú tierno tiene huecos llenos de aire en su interior, explotaba produciendo un chisporroteo y una hermosa flama.

Yo sonreí porque a mí también me gustaba echar bambú verde a la fogata.

Mi padre continuó:

—Mucho tiempo después, un cocinero se encontraba en el campo e iba a preparar algo para comer. Cuando ya tenía todo listo, echó en la fogata, sin querer, nitrato de potasio, que a veces se usaba en vez de sal para sazonar la comida. En ella ya había carbón y azufre, cosas que se encontraban fácilmente en el campo. Le prendió fuego y unos instantes después, ¡buuuuum!, hubo una explosión tan fuerte que casi lo mata de susto. Fue corriendo a esconderse y solo regresó cuando vio que todo estaba tranquilo.

Yo me reí a carcajadas.

Mi padre continuó:

—Ese cocinero se lo dijo a su familia y a sus conocidos. A algunos les llamó mucho la atención y se lo dijeron a otras personas. Poco a poco más gente se enteró del suceso. Pasó mucho tiempo y apareció un hombre que, dicen, se llamaba Sun Simiao. Era médico y alquimista, es decir, una persona que buscaba el elixir de la inmortalidad, porque quería vivir por siempre. Por eso, hacía muchos experimentos mezclando químicos y más químicos. Sin querer, en una de esas ocasiones, él y sus asistentes mezclaron nitrato de potasio, azufre, otros elementos y ¡miel de abeja! Cuando calentaron la mezcla, se produjo una flama tan fuerte que ¡el lugar donde llevaban a cabo los experimentos se convirtió en cenizas en unos minutos!

Yo abrí mucho los ojos.





Mi padre se limpió el sudor de la frente y continuó con la historia:

—Y tiempo después, un día de primavera, nació el monje Li Tian, el inventor de los petardos y fuegos artificiales. Después de muchos intentos, un día a él se le ocurrió meter pólvora adentro de un bambú verde hueco y encenderlo. ¡Buuuuum! Hubo una explosión tan fuerte que el ruido se escuchó a varios kilómetros a la redonda. Ese fue el primer cohete y, poco a poco, su uso se hizo común en toda China. Si no hubiera sido por Li Tian, ¡nuestras celebraciones serían muy diferentes!

**>>>>>>** 

Seguimos trabajando y, cuando el sol empezó a bajar, la montaña de trozos de bambú había crecido tanto que llegaba hasta el techo del cobertizo. Dejamos todo ordenado para el siguiente paso —la preparación de la pólvora— y nos fuimos a casa. Cenamos, nos acostamos y nos quedamos dormidos en unos minutos.

Pero muy temprano al día siguiente, cuando mi padre y yo llegamos al cobertizo, nos llevamos una sorpresa.

## **AHORA COMPRUEBA**

Confirmar predicciones ¿Está Wong Li realmente interesado en aprender la profesión de sus antepasados? Busca evidencias en el texto para confirmar o revisar tu predicción.

¡Los cientos de trozos de bambú habían desaparecido! Solo quedaban unos cuantos regados por el piso y en las esquinas.

Mi padre frunció el ceño y se dejó caer pesadamente al piso:

—¿Qué haremos, qué haremos? —dijo al mismo tiempo que se agarraba la cabeza con desesperación—. No tenemos tiempo para ir al bosque a cortar más bambú verde. ¡Esto es terrible! Si no hay petardos, los espíritus malignos no se irán del pueblo. Habrá enfermedades, las cosechas serán atacadas por plagas y todos tendremos un año muy malo. Además, no habrá fuegos artificiales para iluminar el cielo.

Cabizbajo, mi padre se levantó del piso y se fue arrastrando los pies hasta llegar a la casa.

Estaba a punto de seguirlo cuando me detuve, apreté los puños, di media vuelta y me alejé del cobertizo. "¿Quién habrá hecho esto?", me pregunté. "¿Era una travesura o alguien le quería hacer daño a mi familia?" ¡Iba a investigar qué había pasado porque las cosas no se podían quedar así!

Con paso decidido, caminé por todas las calles de la ciudad, buscando por delante y por detrás de cada casa, debajo del puente que cruzaba el río, en cada callejón, en los establos y comercios, en el templo y alrededor de él y hasta cerca de los campos de sembradíos, pero no había ni una pista de quién había robado las cañas de bambú verde.

Yo estaba muy triste pues, sin los petardos, la mala suerte, como una sombra, le pisaría los talones a todos. Con la cabeza gacha y los hombros encorvados, me dirigí a mi casa para tratar de consolar a mi padre.





Abrí la puerta y estaba a punto de entrar cuando, de reojo, vi algo verde medio escondido debajo de un arbusto cerca de la esquina de la casa. Me acerqué, y al agacharme, encontré ¡uno de los trozos de bambú!

Lo recogí y, al asomarme al costado de la casa, vi otro y unos pasos más adelante, otro y luego otro. ¡Era una hilera de trozos verdes! Con el pedazo de bambú en la mano, seguí el rastro hasta que llegué al bosque. Y ahí, alrededor de los troncos de los viejos árboles de ramas altas y hojas tupidas, encontré más. Me agaché para recogerlos cuando algo en lo alto atrajo mi atención. ¡Sí, había algo muy arriba, algo con un brazo flaco cubierto de pelos que hacía ruidos como si cantara!

En ese momento, supe que se trataba de un gibón.

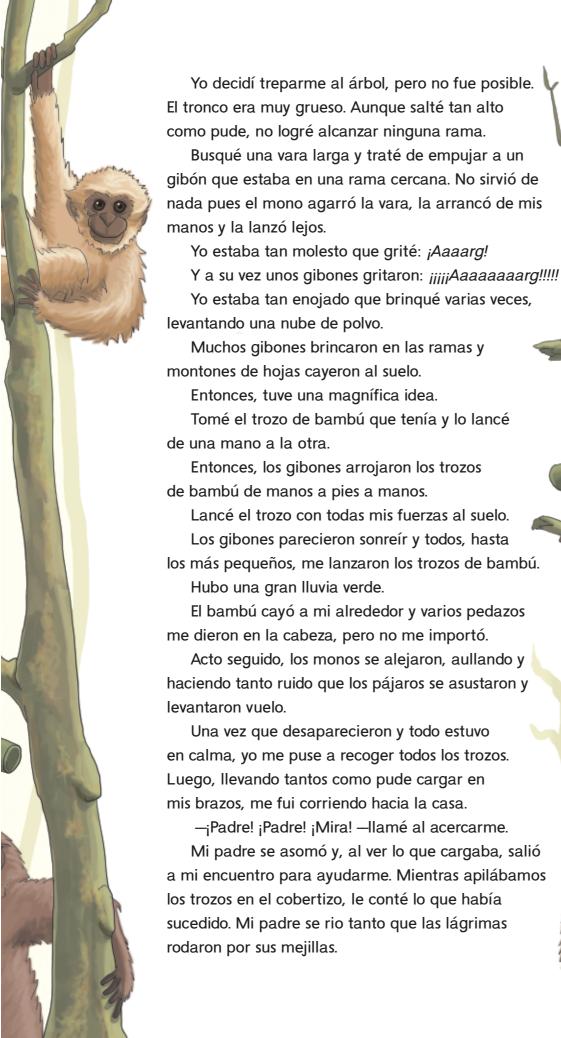
El mono se asomó entre las hojas de la rama y, haciendo un sonido que parecía que **se mofaba**, se quedó mirándome. Sostenía un trozo de bambú verde que, **hábilmente**, lanzó de una mano a la otra. Lo hizo varias veces sin dejarlo caer.

Después fueron apareciendo más y más gibones, asomándose entre las ramas. ¡Y todos, incluso los más pequeños, cargaban trozos de bambú verde en las manos y en los pies! ¡Si hubieran tenido colas, hasta en ellas traerían agarrados los trozos!

—¡Bajen de ahí, monos traviesos! ¿Por qué tanta insolencia? ¡Devuelvan lo que no es de ustedes!
—grité, pero los monos se limitaron a observarme con curiosidad. Luego, imitando al primer gibón, lanzaron los pedazos de bambú al aire y los atraparon al vuelo con las manos y los pies. Eran tan ágiles que ni un solo trozo cayó al suelo.

### **AHORA COMPRUEBA**

Hacer y responder preguntas ¿Piensas que Wong Li es más listo que los gibones y podrá rescatar los trozos de bambú? Apoya tu respuesta con evidencias en el texto.







Los dos regresamos al bosque varias veces a recoger el resto del bambú y nos pusimos a trabajar.

Pero, esta vez, ocurrió algo diferente.

Cuando mi padre empezó a mezclar los ingredientes de la pólvora, dijo:

—Es tiempo de cambiar la tradición familiar, hijo. Hoy me ayudarás a preparar la pólvora y llenarás, conmigo, los trozos de bambú.

Yo sonreí y bajo la vigilancia de mi padre, preparé la pólvora y luego, hasta muy entrada la noche, llenamos trozo tras trozo de bambú con pólvora hasta que todos los petardos quedaron listos y ordenados unos sobre otros con mucha simetría.

Aunque casi no dormimos, muy temprano al día siguiente mi padre y yo colocamos los petardos afuera del cobertizo. Luego, recorrí las calles de la ciudad, tocando a las puertas y avisándoles a todos que ya podían comprar los cohetes. Amigos, vecinos y conocidos empezaron a llegar y, en poco tiempo, mi padre vendió casi todo; solo se quedó con algunos petardos para nuestra familia.



Durante todo ese día y en toda la ciudad, hombres, mujeres y niños encendieron los petardos.

¡Bum! ¡Buuuuum! ¡Buuuuuuuuuuum!

Eran los más ruidosos de los ruidosos, ¡pero los que encendió mi familia fueron los más ensordecedores de todos!

Hubo tanto ruido que todos los espantos, desde el más pequeño hasta el más grande, volaron por las calles y callejones, ululando a través de las ramas de los árboles, levantando hojas, basura y polvo en su camino, hasta que desaparecieron y la calma regresó a la ciudad.

Y, cuando el Sol se ocultó y salió la Luna, la gente se acomodó afuera, bajo los aleros o en los techos de sus casas y en las orillas del río para ver lo más esperado: los fuegos artificiales. Uno tras otro, los cohetes subían al cielo con un chiflido. Al explotar, se abrían como flores para luego desvanecerse en la oscuridad, dejando caer sus chispas a la tierra.

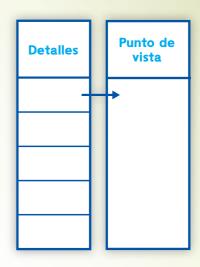
Era como si las estrellas mismas se mezclaran con las luciérnagas.



# Respuesta al texto

## Resumir

Utiliza detalles importantes de *Estrellas y luciérnagas* para resumir lo que aprendiste acerca de las influencias que impulsan el desarrollo de una cultura. La información de la tabla de punto de vista podría servirte de ayuda.



# **Escribir**

Piensa como las ilustraciones aportan información adicional a la que se encuentra en los textos. ¿Cómo se puede conocer el entorno de la familia Wong a partir de las ilustraciones? Organiza las evidencias del texto a partir de estos marcos de oración:

En las ilustraciones veo...

Las ilustraciones me permiten...

La autora y el ilustrador muestran que la familia

Wong...

# **Hacer conexiones**



¿Influyó en el desarrollo de la cultura china la creencia de que los fuegos artificiales ahuyentaban a los malos espíritus? PREGUNTA ESENCIAL

¿Explica si te gustaría o no trabajar de aprendiz de experto en pirotecnia o de otro artesano? ¿Qué parte del trabajo te atraería? ¿Cuál no sería de tu agrado? EL TEXTO Y EL MUNDO



#### Introducción

La historia de China está llena de relatos de líderes que lucharon para tratar de unir a los habitantes de este enorme país. A partir de la dinastía Sui (581 a 618), los chinos tuvieron la oportunidad de convertirse en funcionarios del Gobierno mediante la aprobación de varios exámenes escritos. Pero no fue sino hasta la dinastía Song (960 a 1279) que el sistema de exámenes empezó a considerarse una escalera al éxito.

Por primera vez, a principios del año 1000, se permitió a los plebeyos trabajar en el Gobierno. Los puestos que ocuparon recibieron el nombre de cargos en el servicio civil y para aspirar a uno de ellos, los hombres tenían que presentar un riguroso examen.

**Personajes** 

Narrador

Abuelo (de Cheng y Mei)

Cheng (joven estudiante)

Mei (hermana menor de Cheng)

Ying (vecino y amigo de Cheng)

Madre (de Cheng y Mei)

Mensajero

Narrador (parado frente al telón): Déjenme presentarles a Cheng. (Cheng camina sobre el escenario y se inclina). Él es un joven erudito que ha estudiado con mucha dedicación para aprobar el examen del servicio civil. En este momento se encuentra lejos de su hogar presentando este difícil examen. (Cheng sale corriendo rápidamente del escenario. El narrador está satisfecho con su partida, asiente con la cabeza como queriendo decir "vale" y continúa hablando). Su familia espera su regreso.

(Se abre el telón).

Mei: Abuelo, ¿escuchas eso? (Mei se asoma por una ventana). Parece el ruido de un caballo y una carreta. ¡Tal vez Cheng está de regreso!

Abuelo: No, aún es muy pronto. Cheng y Ying caminaron muchas millas para llegar a la ciudad a presentar el examen; es un viaje que dura varios días. Además cuando regrese, lo hará a pie, no en carreta.

Mei: ¡Yo también quiero presentar el examen cuando sea grande!

Abuelo: El papel de las niñas es aprender de sus madres a encender el fuego y cocinar. Incluso, hasta hace poco tiempo, los jóvenes como Cheng tampoco podían presentar el examen.

Mei: ¿Por qué, abuelo?

Abuelo: Hace algunos años, solo los hombres nacidos en familias nobles podían hacerlo. Los plebeyos no tenían forma de ascender en el mundo. Hoy, cualquier erudito puede intentarlo, pues los cargos públicos son ocupados por quienes sean capaces de demostrar sus destrezas, no solo por los nobles.

Madre: ¡Solo uno entre 100 eruditos aprueba el examen! Pero Cheng se ha esforzado tanto. Sus ojos se fatigaban mucho mientras aprendía a trazar los miles de caracteres chinos. Además pasó años estudiando las enseñanzas de Confucio, el gran educador.

Mei: Lo sé. Lo ayudé a estudiar e hice sus tareas algunas veces, ¿lo recuerdan? (Sonríe alegremente).

Abuelo: Sí, y me sentí muy orgulloso de ti.
Fuiste una gran ayuda para tu hermano.
En mis tiempos, los campesinos podíamos perderlo todo si la tierra temblaba y nuestros hogares se desplomaban o si el gran río se desbordaba a causa de las abundantes lluvias y barría nuestros campos. No había otro trabajo que pudiéramos hacer, ninguna otra forma de ganar dinero y reconstruir nuestras vidas. Si Cheng y Ying son aceptados en el servicio civil, será el comienzo de un gran legado para nuestra aldea.

Mei (preocupada): ¿Qué pasa si reprueban el examen?

**Abuelo:** Si reprueban... (el abuelo encoge los hombros) No lo sé. Supongo que no estaremos peor que antes.

Narrador: ¡Pronto sabremos cómo les fue a los muchachos! Después de recorrer muchas millas de carreteras polvorientas, por fin han llegado a la entrada de la casa de Cheng.

Madre: ¡Qué delgado estás! (Abraza a su hijo).

Mei: ¿Pasaste?

Cheng: Todavía no lo sé, pero el examen estaba muy difícil. Cada uno se sentó en una pequeña celda de piedra y escribió sobre Confucio ¡durante tres días y tres noches!

Mei: ¿Escribiste todo el tiempo? ¿Te dejaron consultar tus libros?

Cheng: ¡Oh, no! Incluso se aseguraron de que no tuviéramos notas.

Ying (quien estaba en silencio parado al lado de Cheng): No lo olvides. Lo prometiste. (Se va).

Madre: ¿Qué prometiste?

Cheng (avergonzado y negando con la cabeza): Nada. (Cheng le da la espalda a su familia y mira la puerta por la que Ying acaba de salir).

Abuelo: Será un milagro si tu puntaje está entre los más altos. Se han ingeniado tantas formas de hacer trampa en el examen. Algunas personas son capaces hasta de sobornar a los funcionarios para obtener un mejor puntaje.

Madre: ¿Qué te pasa, hijo?

Cheng (hablando en voz baja): Prometí no decir nada.

**Abuelo** (empezando a enojarse): No debes tener ningún secreto con nosotros.

Cheng (entre susurros): Ying hizo trampa en el examen.

Madre (jadeando): ¿Hizo trampa?

Cheng (dudando): De regreso a casa empezó a hacer mucho calor. Ying sacó un pequeño abanico de su maleta para refrescarse el rostro. Mientras lo hacía pude ver pequeñas notas entre los pliegues. Lo acusé de hacer trampa y él admitió haberlo hecho. ¡Simplemente abrió su abanico y copió las notas, fingiendo que se refrescaba!



Abuelo (con rabia): Si Ying gana un puesto y tú no, ¡tendré muchas cosas que contarles a esos funcionarios!

Madre: Prefiero que mi hijo repruebe honestamente a que haga trampa.

Cheng: ¡Pero, mamá, alguien de nuestra aldea debe adquirir pericia en algo diferente a la agricultura! Es la única forma de protegernos si un desastre destruye nuestros cultivos.

Mei (quien ha estado mirando por la ventana): ¡Miren! Llegó un mensajero a caballo. Parece un soldado. Me pregunto qué querrá.

Mensajero: ¿Es esta la casa del erudito Cheng?

Abuelo: Sí, esta es.

Mensajero: Traigo noticias sobre el examen del servicio civil.

Madre (ansiosa): ¿Qué ocurre?

Mensajero: El puntaje de Cheng está entre los más altos de los que presentaron el examen. ¡Confucio estaría orgulloso!

Mei: Ahí viene Ying. Debió haber escuchado la llegada del mensajero.

(Cheng y su familia miraron con enojo a Ying mientras se acercaba).

Ying: ¿Y a mí, Ying? ¿No me fue bien?

Mensajero (consultando su lista): Ying, Ying.
Espera un momento. . . Ah, aquí está.
(Dice con el ceño fruncido). Te observaron
utilizando un pequeño abanico en tu
celda. Te vieron haciendo trampa en el
examen, así que fue descartado.

Madre (volteándose y abrazando a Cheng): Estoy tan orgullosa de ti, hijo mío. Organizaremos una fiesta para celebrar.

Mensajero: Después de la fiesta, Cheng me acompañará a la ciudad, pues empezará a trabajar en su nuevo cargo.

Mei: Me encantaría poder presentar el examen. ¡Ya aprendí 1,000 caracteres chinos!

Cheng: ¡Tal vez cuando aprendas todos los demás también te permitirán trabajar en el servicio civil!

[Baja el telón].

Narrador: Esta noche, la familia de Cheng estará feliz, mientras que la familia de Ying no lo estará. (Ying frunce el ceño, agacha la cabeza y sale del escenario. Cheng lo observa partir, negando con la cabeza).

# Haz conexiones

¿Qué influencia tuvo en la cultura china la participación de los plebeyos en las competencias por los cargos del servicio civil? PREGUNTA ESENCIAL

¿De qué forma aprender nuevas cosas y crear oportunidades para la gente puede influir en el desarrollo de una cultura? EL TEXTO Y OTROS TEXTOS